

Presentación de Adelaida Gatell de Vicente

(Palabras con que Emilio S. Belaval presentó a Adelaida Gatell de Vicente en su recital del Ateneo)

Señoras y señores:

Estamos en un siglo esencialmente feminista y procede hablar de lo femenino. Es indudable que la mujer contemporánea ha decidido darle contorno a nuestra época. Ante esta seria revuelta de lo femenino el hombre ha expuesto su largo alegato de los derechos inalienables de la varonilidad y la mujer ha expuesto su réplica de paridad política. Todavía ambos grupos beligerantes sostienen una esgrima estéril en cuya eficacia no confían ninguno de los dos contendientes. Creo llegado el momento en que nos acerquemos al problema con la menor usura de ánimo para crear el mayor grado de entendimiento y de comedimiento en este teorema de la felicidad humana donde se intersectan para un ángulo agudo las dos siempre chocadas líneas de lo masculino auténtico y lo femenino auténtico.

En nuestro país tierra caliente, de origen católico, el choque no deja de tener un interés calenturiento para todo aquel que guste de observar la angustia paralela de una batallita interior, donde a la mujer la domina una angustia de ascensión y al hombre una angustia de invasión, de peculiar matiz psicológico.

Nuestro siglo veinte encuentra a nuestra coterránea, de rodillas ante un labrado reclinatorio de caoba, de almohadoncillo azul, envuelto en suave luz de madrigal, centro de una poética sensitiva, por únicos menesteres el cuidar de los hijos o de los sobrinos, sabiéndose mantenida, adorada y regida por el varón. Son muy pocas las mujeres que intervienen en nuestra historia criolla; alguna, que con dorados dedos teje una bandera de inquietud revolucionaria, otra, que lanza al lírico mar antillano un pájaro de dos alas, esotra, una poetisa, una dramaturga, uno o dos santas de humilde nagiografía y ninguna pecadora que haya podido trascender del mundo escándalo municipal. Nuestra estructura femenina del siglo diecinueve es de una clásica reciedumbre neolatina; ante ella tiene que detenerse el derecho canónico para un signo propiciatorio. Lo femenino auténtico es un hermético valor de cuyos quilates puede responder en cada caso un hombre, según le haya salido de buena, de hacendosa, de paciente, de resignada la compañera de sus veinte o treinta años de esponsalicio.

Pero un día nuestra romántica Luisa Capetillo, con sus cordiales ojos verdes, aparece por la Mallorquina con una falda pantalón y un manifiesto y aquel hermético valor de nuestro anterior feminismo sufre una tremenda sacudida, que crea un perpetuo problema en el reparto de nuestra empleomanía, una perpetua asamblea de paridad sexual y lo que es más grave aún, la interrogación de lo que debe ser, de lo que tiene que ser lo femenino auténtico portorriqueño para los próximos cien años. El hombre se ve invadido en las oficinas, en los talleres, en el club, en las logias, en la universidad y la mujer inicia su ciclo de ascensión, su vínculo al más ardoroso problema del siglo; bombardea discursos y crea esa pequeña entelequia elegante de nuestra vida moderna que se llama la parti-

da de bridge, donde se sutaliza el decir, el pensar y aun el combatir de más de una mujer de nuestra época. Coinciden estos síntomas históricos con la primera avalancha de estudiantonas criollas que van a colegios norteamericanos y se crea asimismo un fuerte grupo propulsor de una nueva gimnástica, de una nueva erótica, de una nueva ideología femenina portorriqueña. A mi querido don Juanito Tenorio le quitan su técnica del sofá y lo ponen a dar saltos sobre los lustrosos baldosines del dancing y para soluciones de problemas íntimos hay una magister de oriflamada cabellera suelta que se llama doña Juanita Crawford, que cada vez que mueve los labios en la sombra de la cine-ma es para salvar un hombre.

Nuestro masculinismo pedante, todavía no se ha dado cuenta de que ya nuestro feminismo beligerante lo ha obligado a perder su comedimiento coreográfico, de que le ha hecho usar un abrigo de lana en el trópico, perder sus ondas byronianas para plancharse el cabello a fuerza de cosméticos, aprender una nueva literatura del amor, un nuevo concepto de lo pasional, cambiar su esgrima por el tenis, su equitación por el fox, su madrigalismo por lo gimnástico, y lo que es peor aún, mientras más estrecho es el vestir de las mujeres más ancho es el vestir de los hombres. Sin embargo nuestro incauto hombrecito de tierra caliente, porque aun siente que las manos se le llenan de relámpagos al acariciar la epidermis de la femenina, se cree que su masculinidad, su esencia de lo masculino auténtico, continúa impertérrita, que sigue siendo el quirite de la feminidad y que siempre será el monarca de la inquietud femenina.

No sabemos lo que pueda durar el problema de esta intersección de valores auténticos. Tampoco nos preocupa mucho que algún día de estos un biólogo alemán o un glandulista del mediterráneo resuelva el problema de un nuevo matriarcado, que en su madurez, pueda incluso crear una estética nueva, donde el varón tenga menos responsabilidad de alma, o una ética donde el animal más pudoroso de la tierra, que es el hombre, se enfrente con el serio problema de dejarle saber a otras formas de la biología, que no habrá nunca animal más feo en el mundo, que un hombrecito barrigón no importa el follaje que pueda contener el campamento nudista. Lo que nos importa es que mientras estos problemas del siglo obtienen la diáfana transformación que requiere todo imperativo categórico de felicidad, el hombre y la mujer se pongan en paz, en cordial entendimiento, sin gazmoñerías ni arrumacos, a considerar el problema de salvar para más altos perfiles de nacionalidad, para un decoroso entendimiento, para una más estética mutualidad de sus valores congénitos, la medida de lo auténtico.

Puerto Rico pasa en estos momentos por una tremenda crisis de estructuración espiritual, basado principalmente en demasiada anchura de modernidad. Estamos en una época polemista, casi toda de contras, contra esto, contra lo otro, que le está sirviendo de precipitante a un materialismo a que no tiene derecho nuestro pueblo, porque el día que el portorriqueño tenga una medida materialista de las cosas tendrán que suicidarse simultáneamente un millón de gentes para una sobrevivencia mínima. Obsarvamos

con pena que esta concepción contra-espiritualista de las cosas está tocando al valor auténtico de nuestro feminismo vital, o sea la soñadora visualización de la mujer, y tenemos que añadir aun a riesgo de que se ofendan las cides campeadoras de una feminidad politiquera, muy susceptibles en cuanto a reparcimientos y paridades, que la primera rectificación, tiene que partir de la mujer, resignarse si necesario fuera a bajar un poco los ojos para que nuestro masculino sol siga reberverando en larga esclavitud metafórica sobre ojos que supieron ser tan prudentes. En cuanto a los hombres, yo dudo mucho, que por mal entendidos rencores o por peor entendidos fueros de la varonía, pueda un hombre de nuestro tiempo acercarse a una mujer contemporánea con la misma usura de ánimo que pudo hacerlo en épocas donde la inquietud, la fiebre femenina no habían moldeado el contorno de un siglo como el nuestro, profundamente feminista. Lo que sí deben exigirse mutuamente ambos combatientes es una trasmutación inteligente, mesurada, culta, de un feminismo y una masculinidad que puso en paz una civilización cristiana, que ha tenido hasta hoy en rítmico equilibrio a la sociedad humana. Que cuando una mujer se tropiece con un hombre patizambo lo mire con gesto de desdén y cuando un hombre se tropiece con una hembrita a quien se le haya indigestado un poco la papilla de la libertad que es sin duda alguna la papilla más difícil de asimilar por el metabolismo psíquico de una sociedad la mire con una inequívica sonrisa. Si para ello es necesario asimismo que doña Juanita Crawford y don Robertito Montgomery dejen de ser los prototipos del callado romance de nuestros coterráneos, algún sacrificio hay que darle de cuando en vez a la paz íntima de los pueblos.

Esta noche, vamos a gozar del prí-

vilegio de escuchar a Adelaida Gatell de Vicente, una femenina de nuestro siglo, que ha tenido la gracia de no divorciarse por concepción contra espiritualista de nuestro feminismo anterior, de los soñadores atributos que debe tener nuestro feminismo actual. Madame sabe jugar al bridge, guía su automóvil, participa en actividades cívicas que le impone su parroquia, acosumbra a votar en las elecciones y, sin embargo, ha tenido tiempo de darle pensamiento, acción y calor a los ejercicios espirituales que impone una feminidad inteligente.

Arte íntimo ha sido llamado y creo en la definición: porque antes que nada, nos sorprende en su decir este alborozo de un temperamento joven ante una obra de belleza, esta gran dosis de emoción repartida a veces en las sensibles arteriolas del verso, con ponderación de su sonido, de su música, de su halago auditivo. Como si ante el minuto sagrado de la creación, pasara una tentación de desdoblamiento, su feminidad vuelca el ánfora íntima para discreto con la palabra, que bajo sus labios guarda insospechados acentos. Es además por eso un arte musical, sereno, impresionismo, que siempre se resuelve en modulaciones apasionadas, y que puede expresarlo todo, cansancio, dolor, júbilo, pasión, tortura, sin perder su línea de suave dramaticidad.

Hasta hace poco el arte de Adelaida Gatell, flor de tertulia amable, de bridge sutilizados, era más bien un arte para recreo íntimo. Más tarde la radio le da mayor anchura pero igual perspectiva de recogimiento, de círculo confidencial. Hoy ante ustedes, va a volar su decir por vez primera, a llevar este diálogo entre un verso bello y una mujer romántica que han logrado uno y otro decirse cosas bellas y trascendentales.

Además esta noche, por misteriosa coincidencia cumple su arte además con una delicada misión. El 24 de mayo de 1896 en Bogotá, Colombia, puso fin a su vida romántica, José Asunción Silva, uno de los más preclaros torturados de nuestra raza. Esta noche, 24 de mayo de 1935, Adelaida Gatell de Vicente, podrá al decir los nocturnos de José Asunción Silva, revivir ante ustedes la figura sensitiva del gran lírico que alguna vez soñó caminar bajo una luna, con las muchas sombras románticas de mujer, que aun quedan por el mundo y por ende sobre la tierra portorriqueña.

Emilio S. BELAVAL